

Discurso de Contestación de Don José M. Cuenca Toribio al de Ingreso de Don Manuel Ríos Pérez

Convendrán con el muy modesto pero aún más honrado en que la definición del genuino sevillano es una de las más intrincadas y difíciles de la Filosofía en su grado último de esencialidad y excelencia. Más allá del orden administrativo o, incluso, policíaco, la nascencia en tan privilegiado lugar del globo terráqueo no conlleva por sí misma la inclusión con pleno derecho en tan cotizada condición. Para un aprendiz de historiador habituado por oficio a la prueba empírica, no existe modo más seguro de aproximarse a conceptualización tan ardua que la de la ejemplificación o referencia a casos individuales que dibujen con los rasgos más alquitarados los perfiles de, intelectualmente, tan esquiva fisonomía. Para el afanoso investigador de nuestro pasado contemporáneo que tiene esta tarde universitaria y culturalmente tan enjoyada de la esplendente primavera sevillana una biografía que encarna en muchas de sus ricas notas arquetípicamente la figura del sevillano auténtico, es la del flamante académico ahora recibido en nuestra también joven pero no obstante ya – por la envidiable hoja de servicios a la ciencia y desarrollo andaluces-reputada Institución, tan ganosa de acrecentar su rendimiento a la comunidad nacional y regional con la incorporación de miembros tan relevantes como la de D. Manuel Ríos Pérez.

Venido al mundo comediada la excruciante guerra civil de 1936, el nuevo numerario de la Academia andaluza de Ciencia Regional fue por entero un niño de la postguerra, con la categoría historiográfica que dicha denominación ha adquirido de manera festinadamente sorprendente en el vocabulario de los estudiosos y aún del público en general. Habría que adjetivar, empero, de forma inmediata y sin la menor dilación de niño

sevillano de la áspera, interminable postguerra, envuelta en lineamientos de angosturas y quebrantos sin cuento ni fin, al menos para sus protagonistas. Todavía, pero hélas por poco tiempo ya, los estudiosos enfrascados en el aristado análisis de la primera andadura del franquismo pueden recoger los testimonios orales de mujeres y hombres sevillanos enfrentados con una de las más terribles coyunturas del calendario de la contemporaneidad española tan rico en tesituras de igual índole. Bien que este oficiante ocasional de la más alta liturgia académica sea escéptico o, cuando menos, cauteloso, muy cauteloso cara al susomentado método, es seguro que en tal surco la materia entrojada permite siluetear con firmeza una generación de la que D. Manuel Ríos fue, virgilianamente, pieza muy principal.

Pues, todo en verdad, de su itinerario por aquellas calendas se acomoda a las pautas que regularon la formación de unas hornadas que en solar íntegro de la patria española sobresalieron por su desmedido afán de inscribir con prontitud en los libros de historia las páginas de la reciente tragedia y dar paso a un país y a una convivencia que tuvieran como sus dioses penates la concordia y un sacro respeto al diálogo como fórmula infalible e insustituible de progreso político y social.

Mas para alcanzar tan preciada meta los españoles del tránsito de la década de los cuarenta a la de los cincuenta habrían de partir de la recuperación de los niveles de riqueza material anteriores al conflicto fratricida; objetivo obsesivo para muchos de los futuros cuadros del país, entre los que los provenientes de las filas de la muy prestigiosa carrera de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos constituían, según resulta harto conocido, elemento muy valioso y esencial.

Después de un Bachillerato cursado con calificaciones cimeras en el Colegio de Villasís-Portaceli regentado por unos PP. Ignacianos de mentalidad anterior a la difundida –muy en primer término por la propia Compañía de Jesús- por el bienaventurado Concilio Vaticano II, el

bienhumorado y complacido Premio Extraordinario de la Universidad Hispalense después de ese tan excepcional bachillerato, no vaciló en dar el salto a la capital de las Españas para aquistarse el preciado título de Ingeniero de Caminos. Con experiencias y servicios muy destacados en la “década prodigiosa” -cuando la tasa de crecimiento de la economía nacional se erigió en la más alta del Viejo Continente durante un lustro ininterrumpido al 9’8%-, el Estado le tuvo como servidor muy descollante en puestos esenciales para Andalucía, de la que no quiso ausentarse pese a los varios tentadores cargos que le ofrecieron desde Madrid. Trabajó siempre en y por Andalucía, tanto en la Administración Central (Ministerio de Obras Públicas y Ministerio de Fomento, siendo aupado en un momento crucial a la Jefatura de Carreteras del occidente andaluz) como en la Administración Autónoma (Consejería de Economía, donde destacó -ante propios y foráneos- como Secretario del Comité de Inversiones Públicas de la Junta de Andalucía, en defensa de nuestra región, con altura de miras y gran personalidad). De manera densificada diríamos que nuestro compañero rectoró labores de gran envergadura y rentabilidad para rama tan primordial y visible -y hasta vistosa en muchas ocasiones- de la acción de cualquier gobierno, sobre todo, en la siempre muy menesterosa Andalucía en infraestructuras y equipamiento indispensables para un sistema productivo a la altura de los formidables envites de un siglo XXI que triunfará en conquistar las metas de un desarrollo planetario o no será...

Incuestionablemente fueron estos años de esfuerzo recompensado y colmada ilusión los más radiantes de la biografía profesional de una personalidad de raíces y textura hidalgas y, por ende, de autoexigencia extrema e incesable reclamo de deberes. De internis necque ecclesiae. El servicio al Estado ha sido la estrella polar de la existencia pública del nuevo académico, incluso abarcando cursos como docente de la Escuela de

Ingenieros Industriales de Sevilla, siendo elegido democráticamente “mejor profesor” por varias promociones de alumnos. El desempeño de todas sus responsabilidades en la etapa indicada no tendría así otra meta que la de la entrega ilimitada –sin calendarios ni relojes- al cumplimiento de sus difíciles y agobiantes deberes. En una sociedad como la sevillana que no tiene entre sus virtudes la del agradecimiento y en una Institución que, como casi todas ellas, no guarda memoria viva de sus de sus mejores servidores, el nombre de Manuel Ríos aun suele encontrar el eco agradecido de sus antiguos compañeros, subordinados y educandos. Pero a él -importará insistir- le basta esto y el testimonio de muchos sevillanos y de varias de las corporaciones públicas y privadas de su ciudad con los que anudó, en sus trabajos y días de la citada época, lazos de amistad y empatía que resisten y resistirán el paso inexorable del tiempo. Como le bastó otrora que S.M. el Rey Juan Carlos I le concediera la Encomienda de la Orden del Mérito Civil tras la conclusión a tiempo de las autovías y los puentes estatales necesarios para el buen acceso a la EXPO-92.

De otro lado, el caudal de experiencias atesorado por su tránsito por la vida pública otorgaría a su tremente espíritu ancha temática para el cultivo de su jardín secreto: el de las letras en su inefable vertiente de la poesía, en la que alza de modo periódico airoso edificios de trazados límpidos y evocadores, que degustan satisfechos sus selectos lectores. Todos o casi todos son personas muy cualificadas, como los afiliados de antiguo a su entrañado ateneo sevillano, que lo tiene -también desde remotas fechas- como uno de sus integrantes más respetados y dinámicos, donde preside la Sección de Ciencias e Ingeniería con muy alta consideración. También es miembro correspondiente de la Academia Andaluza de la Historia.

Cabe aquí recordar y subrayar que las Academias son el lugar por excelencia de la tradición, quedando las fecundas y necesarias innovaciones a cargo de sus miembros, en su laborar cotidiano y

específico de sus profesiones y oficios particulares. Una de las normas más oportunas y venerandas es la que impone la brevedad de los discursos de contestación, con la doble y muy loable finalidad de otorgar todo el protagonismo a los de ingreso al tiempo que la de no sobrepasar los límites normales de atención de un público asediado de ordinario por mil menesteres y de cuya cortesía no se debe jamás abusar. De ahí, que al hilo de cuanto llevamos expuesto recalaremos, ya con cierta presura, en el último de los extremos que de sólo acostumbran componer los textos de la presente índole. Así que he glosar el núcleo mismo del bello y enjundioso discurso del flamante académico. Comentar condignamente la cuestión de la Ingeniería y cultivo de la Literatura y la Historia, aparte, desde luego, de la posesión de unos saberes lejos por entero de mi indigente aljaba, implicaría una extensión cronológica que, siquiera fuese en proporción mínima, alargaría desmesuradamente el acto.

Desde Córdoba de manera distinta a la pesarosa de aquel buen patricio y ejemplar liberal que fuese el Duque de Rivas –su coterráneo Valera, lo retrató, en prosa acaso únicamente dominada de manera pareja por Cervantes y Quevedo en toda la historia gloriosa del castellano, de forma inimitable en su embajada de Nápoles-, Sevilla y el Guadalquivir no atormentan al emborroneador de estos renglones por lo placentero de su evocación a propósito del sobresaliente y hermoso discurso de D. Manuel Ríos. Desde el punto de vista historiográfico poco o nada cabe añadir o puntualizar a lo afirmado por su bien abastada pluma. La hazaña que, a través de cualquier prisma desde el que se enjuicie, significase la erección entre 1845 y 1852 del puente de Triana no ha tenido hasta hodierno glosador más perspicaz y enamorado. Su conocimiento y, sobre todo, su compenetración con el sugestivo tema se descubren totales. No es dable más capacidad analítica para escrutar y revelar las mil y una cuestiones entrelazadas con una de las grandes realizaciones de la ciudad en el

despegue de la era del capitalismo hispano y de la entusiasta entrada del país por la vía de su modernización al mismo tiempo que con mayor intelecto d' amore que las mostradas por D. Manuel Ríos en el discurso que acabamos de oír con delectación, y, de mi lado, con provecho sumo para las continuas correrías por la geografía historiográfica de mayor fuerza imantadora para un sevillano forzado a un inacabable destierro. Amor y ciencia, sabiduría técnica y percepción y sensibilidad humanísticas... En muy pocas ocasiones, en una España devastada por la almoneda educativa y la destrucción de su incomparable patrimonio cultural, es permitido a sus ciudadanos asistir y usufructuar un acto como el que nos acaba de deparar la escucha de un texto adornado de todos los primores de la inteligencia y la empatía.

Tras la eversión que implicara la situación bélica que se adueñara de la nación en la primera mitad del ochocientos, los españoles se volcaron en el reinado isabelino a acortar la distancia que les separaba de la marcha de los grandes pueblos de su entorno, cifrando en los adelantos económicos y materiales sus objetivos más ansiados. Bien que sin las energías ni el poder creador del siglo de Oro, Andalucía no anduvo a rezago de esta ilusionante empresa. Tampoco, por supuesto, los sevillanos. Serondo fruto de ello fue la construcción del Puente que ha encandilado sueños y afanes de D. Manuel Ríos, una excelente persona de exquisita calidad humana. Un siglo después de haberse constituido en dios mayor de su paisaje urbano más entrañado, nuestro académico recibió del destino –él diría, seguramente de modo más apropiado y, desde luego, afín a su espíritu, la Providencia- la alta misión de aportar su mucha ciencia ingenieril y envidiable hondura estética a salvar la vida de una creación ya centenaria, rendida, bien que episódicamente, a la gran pesadumbre del aire y los vientos y, en particular, del tráfico, encarnación del diablo en la centuria del automóvil. Con recato, pero también con vívida emoción Manuel Ríos, el muy docto Ingeniero de

Caminos, Canales y Puertos es que sacara a pasear sus anhelos más trémulos cabe su amado Puente, nos ha descrito hace un inolvidable instante su sustantiva y descollante participación en la delicada operación de urgencia que renovó las constantes vitales por otra centuria de la joya más preciada del patrimonio espiritual de incontables sevillanos. Raro e igualmente muy valorado privilegio el de todos nosotros al escuchar tan deleitosa lección de historia, poesía y ciencia de labios del mejor de los profesores en la materia.

Por todo ello, nuestra Corporación se siente muy afortunada en tenerlo ya como uno de sus integrantes. A partir de ahora su trayectoria se beneficiará en alto grado de sus trabajos y los días; es decir, de los ponderados juicios y de los textos que saldrán a buen seguro de su laboriosa pluma. Pues, en verdad, nuestra Institución, al igual que todas las de su género, se articula, ensancha y enriquece a través de escritos –monografías, artículos, tratados- que constituye la esencia de su ser y su máspreciado título legitimador ante la sociedad. No existen, en este punto, ni alternativas ni sucedáneos. La suerte y el destino de la cultura española, uno de los activos más acreditados de nuestra identidad a los ojos admirativos del mundo, descansa en ello. La admirable grandeza que alcanzara en otro tiempo –y Andalucía fue siempre uno de los solares predilectos de su envidiable creatividad- sólo se recuperará mediante el retorno de tan sencillo a la vez que tan arduo método.

En la firme esperanza de arribar a tan estimulante horizonte con el animoso concurso de nuestra Academia, bien bienvenido sea D. Manuel Ríos a sus tareas e ilusionados empeños.